



PARTES DE MÍ

Óscar Navas

Título: Partes de mí

Fotografía de portada © Óscar Navas, 2019

Corrección ortotipográfica y de estilo: Sara Matamoros H.

© Óscar Navas, 2019

<http://www.oscarnavas.com>



Esta obra está licenciada bajo la Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional. Para ver una copia de esta licencia, visite <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es> o envíe una carta a Creative Commons, PO Box 1866, Mountain View, CA 94042, USA.

PARTES DE MÍ

Óscar Navas



Cuando se atrevió a abrir los ojos, mil borrones de luz deslumbrantes abordaron el mar de oscuridad en el que habían estado navegando. La intensidad del sol que lograba colarse entre los párpados era tan cegadora que quemaba. Al cubrirse con el brazo, un pequeño tirón le hizo percatarse de que tenía algo prendido en él. No quiso forzar lo que fuera hasta ver de qué se trataba e intentó mantener la calma y esperar a que su vista se habituara a la claridad. El bullicio allí era ensordecedor y resonaba con ecos metálicos. También notaba un fuerte olor a estiércol, que con aquel calor era aún más desagradable.

JianHao no recordaba nada. Todo le daba vueltas entre fogonazos de luz. Tenía la sensación de que el suelo sobre el que estaba sentado se tambaleaba con cada uno de sus movimientos. Al extender los brazos para tantear lo que tenía alrededor, topó con unos gruesos barrotos metálicos que le hicieron reconocer rápidamente que estaba en una jaula de no más de un metro cuadrado. El prisionero quiso incorporarse, pero tuvo que detenerse inmediatamente cuando percibió un nuevo tirón, esta vez proveniente de sus partes. Al bajar la mirada, descubrió que estaba completamente desnudo y que sus testículos y su pene se encontraban atrapados en un pequeño orificio abierto en el suelo de madera de la propia jaula. La presión que ejercía la hendidura le inquietaba pero, por más que lo intentó, fue imposible sacar de allí sus genitales, ya que parecían estar anillados por el otro lado.

JianHao dio un grito con el propósito de llamar la atención de alguien que pudiera liberarle, pero su alarido quedó enterrado por el murmullo que se escuchaba y por el atronador sonido de una chapa de latón medio descolgada del tejado que entrecrocaba con la estructura del cobertizo. Nadie podría oírle desde fuera. Sin querer caer en la resignación, siguió pidiendo auxilio y entonces distinguió un extraño roce metálico entre el paladar y su lengua. Recorrió con ella el interior de la boca y comprobó que no tenía dientes. En su lugar, le habían colocado una capa de papel de aluminio que cubría sus encías completamente. Empezó a temblar y notó cómo la sangre parecía congelarse en el interior de sus venas por unos instantes. No podía comprender qué le había llevado a esa situación tan desquiciante, pero el barullo que se adivinaba bajo él le provocaba aún más miedo.

Con el paso de los minutos, su vista se fue limpiando de la neblina que la había conquistado y las manchas blancas que se movían abajo de forma frenética, y que contrastaban con la oscuridad del verdadero suelo, acabaron al poco convirtiéndose en un millar de pollos histéricos que saturaban sus oídos. Descubrió que en su antebrazo derecho había introducida una sonda. Siguió el recorrido de la goma y encontró la bolsa de suero colgada de una cuerda que pasaba sobre una de las vigas de la nave. El líquido era totalmente transparente. No dudó en arrancarla de su brazo. Mantuvo presionado el orificio durante un buen rato para detener la hemorragia, mientras gritaba de dolor y de rabia ante todo aquel desconcierto.

Cuando consiguió contener la sangre, se tranquilizó un poco y decidió repasar mentalmente lo sucedido. Recordó que ya era de noche cuando decidió cerrar el taller de reparación de maquinaria agrícola que regentaba, cerca del mercado del pueblo. También que apagó los fluorescentes y el torno, y que luego bajó la persiana y echó la llave. Al dirigirse hacia el coche, tuvo la impresión de que alguien le estaba siguiendo, pero no le dio importancia. Hasta que esa sensación quedó sumergida en oscuridad y su consciencia aniquilada. Por más que lo intentó, JianHao no reconoció que tuviera deudas ni ninguna enemistad férrea con nadie. Pensó que quizás se tratara de un secuestro, pero, ¿quién iba a ser tan ingenuo como para raptar a un mecánico? Aun así, le sorprendía que alguien se hubiera tomado tantas molestias para meterle en una jaula como aquella.

Miró hacia arriba buscando algún resquicio de esperanza y comprobó que su prisión se mantenía suspendida por una gruesa soga que bajaba del techo. De pronto, un sonido metálico al otro lado de la nave le hizo dirigir su atención hacia la entrada. Parecía el roce de una cadena con la chapa del portón. Entonces la luz inundó el gran barracón y bañó todo el corral. Las gallinas más cercanas a la entrada se escandalizaron y revolotearon entre sus compañeras, contagiando su miedo al resto. JianHao empezó a gritar y a aporrear los barrotes con las manos intentando hacer todo el ruido posible para llamar la atención de quien pretendía entrar. No tuvo que esmerarse demasiado: dos personas se adentraron en el cobertizo y cerraron la compuerta

para, a continuación, dirigirse hacia su jaula. Los pollos se apartaban a medida que iban avanzando, espantados por los extraños. La primera figura era espigada y se movía comedida, con los hombros desequilibrados. La otra, mucho más baja y con una bata blanca, iba tras ella con los brazos detrás de la espalda.

A medida que se acercaban, JianHao pudo distinguir la horrible apariencia de la primera persona. Parecía una chica, pero su cara estaba tan desfigurada que no resultaba una apuesta fácil: la nariz era casi inexistente y su piel tenía un tono blancuzco que parecía del todo enfermizo y que resaltaba aún más con el morado del vestido que llevaba puesto. Sus cabellos, recogidos en una cola, eran de un negro intenso y sus ojos eran desproporcionadamente pequeños para ser humanos. Además, tenía un anormal tono rojizo en los labios y estaban algo inflamados. JianHao siguió gritando con fuerza hasta que los extraños llegaron ante él y los pollos, totalmente alterados por su presencia, empezaron a revolotear y a intentar picotear sus partes. Él trataba de evitar que su ataque tuviera demasiado éxito balanceando la jaula desesperadamente.

—Veo que ya te has despertado. Me alegra ver que te estás recuperando —comentó la muchacha.

—¿Qué es esto? ¿Por qué estoy aquí? —articuló con dificultad el prisionero sin dientes, que estaba suspendido a la altura de sus cabezas.

—Cálmate. Llevas una semana durmiendo y no queríamos asustarte. Feng te ha tenido alimentado con suero y tranquilizantes. Pero tenía muchas ganas de hablar contigo y le pedí que te bajara la dosis para despertarte.

La chica se mantuvo en silencio durante unos instantes mientras JianHao seguía deseando asentar sus pensamientos.

—No me reconoces, ¿verdad? —dijo la muchacha, mostrando una sonrisa gélida.

JianHao negó con la cabeza y se acurrucó expectante en los barrotes que tenía a su espalda.

—Es comprensible porque era solo una niña cuando me abandonaste, padre.

La muchacha miró fijamente al rehén, que no pudo ocultar su cara de asombro. Entonces reconoció aquellos ojos que le miraban con tristeza cuando la dejó en manos de unos conocidos de Baimian Yao. Pequeños y oscuros, pero eran los mismos ojos, aunque el tiempo había sepultado su mirada bajo un manto de insensibilidad.

—Ahora creo que te acuerdas de tu hija, ¿sí? —la chica hablaba de forma pausada, llenando sus palabras de una embelesadora parsimonia—. No os he culpado de nada, padre. Con los años entendí que teniendo ya a mi hermana, Xiaomei, mi nacimiento solo podía suponer una carga para la familia. Y entendí que me entregarais a Yong Li, porque dos manos más, por pequeñas que sean, son capaces de recoger más arroz en el campo. Debiste ver lo rápido que aprendí a

hacerlo. Yong Li me enseñó bien. El día que no recogía al menos veinte cestos, no tenía derecho a comer nada.

JianHao asistía al relato de la joven sin dar crédito a cómo había conseguido sobrevivir, pues lo último que sabía de ella era que había desaparecido del pueblo.

—Xiaoyan, ¿eres tú de verdad? —dijo titubeante el padre, que aún no podía creerlo.

—Claro. Tenía diez años. He cambiado un poco desde entonces. Pero soy la misma.

—¿Por qué te fuiste? Yong Li te quería como a una hija. Quería lo mejor para ti. Que aprendieras que el sacrificio tiene sus recompensas.

—Padre, Yong Li no solo quiso mis manos para recoger la cosecha. También reclamó el resto de mi cuerpo para satisfacer sus instintos. Tengo que decirte que no tuvo miramientos. Me llevó a los extremos del dolor. Ese dolor que me ha acompañado desde entonces y al que ahora me encuentro ligada para siempre.

»Aproveché una noche en que Yong Li estaba borracho y había sido especialmente bruto para huir de esas manos caritativas en las que me dejaste. No podía soportar vivir bajo el mismo techo ni un día más. Además iba notando poco a poco que mi vientre se iba hinchando más de lo normal, pero yo era solo una niña, ¿recuerdas? Así que una vez en la calle intenté sobrevivir como pude por las calles de Guangzhou. Te ahorraré los detalles de cómo pagué al camionero

que me recogió en la carretera y al resto de los que tuve que convencer para que me ayudaran a subsistir. Los hombres sois tan fáciles de contentar...

»Deambulé durmiendo cada noche en una calle diferente. Vendiendo mi cuerpo por un puñado de arroz y buscando en la basura lo que pudiera servirme. Pero la barriga cada vez era más grande. Y mis miedos por lo que me estaba sucediendo fueron creciendo al mismo ritmo. Hasta que una noche, sin esperarlo, decidió salir. Lo hizo sin avisar. Yo no entendía nada. Solo sangraba como un animal y gritaba de dolor. Y entonces, aquello salió de mi vientre. Inmóvil. Un niño, padre. Tu nieto. Y no llegó a respirar ni una sola vez en mi regazo.

»Aquella imagen me volvió loca. No hay dolor más grande que perder a un hijo. Cuando a ese hijo se lo lleva la muerte, claro. Si es abandonado, solo es una desgracia para las dos partes. Por suerte, un día apareció en mi vida Feng y me rescató de todo aquello. Él era solo un estudiante de Medicina que no tenía suficiente dinero para seguir con la carrera. Pero me enseñó que, con tenacidad, todo en esta vida llega. Tendrías que ver las maravillas que es capaz de hacer a sus pacientes, casi sin instrumental. Me pidió muy poco a cambio y me ayudó a mejorar para ser lo suficientemente perfecta para ti. Y fíjate lo que ha hecho con tus dientes: ahora ya son una parte de mí.

La chica sonrió y se levantó el labio, enseñando una hilera de dientes descolocados que nacía del lado derecho de su encía superior.

A su espalda, Feng sonreía orgulloso y se recolocaba las gafas mientras su creación era exhibida. Una punzada en el estómago hizo que JianHao se tapara la boca justo antes de que aflorara una arcada. Enseguida, intentó reprimir sus temblores para dirigirle unas palabras a su hija.

—Xiaoyan, hija mía, te pido perdón, pero no teníamos otra alternativa. Tienes que entenderlo. Hubiera sido peor que no te hubiéramos dejado nacer. Si mamá estuviera viva...

—Claro, padre. Lo entiendo —interrumpió ella—. No he dejado de pensar en otra cosa desde entonces. Por eso decidí transformarme en la mejor versión de mí misma: para después convertirme en la preciosa mariposa que todos querríais haber visto en mí. Que me admirarais y me quisierais. Pero, para eso, necesito que tú también me ayudes. Te he traído un regalo.

La chica sacó de uno de los bolsillos de su vestido una tenaza oxidada y mostró una sonrisa que despertaba ternura e inocencia. Luego prosiguió.

—Una de las cosas que no pude olvidar de ti durante todos estos años fueron tus manos. Me gustaban su tacto y su fortaleza. Manos de un trabajador: firmes con el hierro y delicadas con la madera. Pero, sobre todo, me encantaban las medias lunas que tenían tus uñas en su nacimiento. ¿Recuerdas cómo me pasaba horas sentada en tu regazo, acariciándolas? Por eso, quiero que te las arranques. Todas. Quiero que sean más para siempre.

—¡Cómo quieres que haga eso! ¡Estás loca! —exclamó el prisionero, agitándose en la jaula.

—No, padre. Durante todo este tiempo el dolor me ha acompañado. He aprendido de él. Al final adquiere una dimensión más allá de lo estrictamente físico. Se convierte en un estímulo para la vida. Y quiero que tú también lo sientas. Que mejores. Que percibas el dolor, como lo he sentido yo al no ser lo suficientemente perfecta para ti —comentó Xiaoyan, sin perder en ningún momento la templanza—. Ya hará un buen rato que te has quitado el suero con el calmante. En poco tiempo te va a empezar a doler todo. Así que yo empezaría rápido. Puedes dejarlas en este cuenco. Nosotros volveremos más tarde. Tenemos mucho que hacer.

Xiaoyan abrió una pequeña compuerta de la jaula y dejó las tenazas y el recipiente en el interior. Luego se dirigió a su acompañante y él pasó su brazo por la cintura para acompañarla a la salida. JianHao cogió la tenaza rápidamente e intentó usarla para cortar el grueso candado que cerraba la jaula y para liberar el cierre que tenía comprimidas sus partes, pero sin éxito.

—Padre, Xiaomei ha crecido muy hermosa, ¿verdad? —se oyó desde el otro lado de la nave.

JianHao vio a sus dos visitantes saliendo ya del gallinero y comprendió entonces que tenía que obedecer a los deseos de su reaparecida hija si no quería comprometer al resto de su familia. Él era un hombre fuerte, pero no pudo reprimir el llanto de desesperación

que le asaltó sin aviso. Parecía increíble que todo aquello le estuviera sucediendo a él. Cogió la tenaza con decisión y, con un temblor irrefrenable en su cuerpo, atrapó la uña de su pulgar izquierdo. Tiró con fuerza. Una flema amarillenta y un río de sangre salieron del dedo. JianHao quiso apretar los dientes, vencido por el dolor, pero el contacto de sus encías en carne viva le hizo retorcerse aún más. Se cogió el dedo herido con la otra mano intentando mitigar el daño, pero la sangre siguió saliendo a borbotones durante unos instantes. Entre escalofríos, depositó la uña en el cuenco.

Tras tomarse unos minutos, agarró con rabia la segunda uña y tiró de ella. En el primer intento, la sangre derramada en la otra tentativa hizo que la tenaza resbalara. Sin dejar tiempo a su cerebro para reaccionar, retomó la uña y volvió a tirar. Parecía que con ella, el resto del dedo hubiera sido arrancado. JianHao notó cómo el mareo le invadía y su mente quedó sumida en un delirio que acabó vencéndole.

Al despertar, comprobó que todos sus dedos habían sido envueltos rudimentariamente con cinta aislante. El cuenco y la tenaza habían desaparecido de la jaula. Su suelo estaba manchado de sangre y tenía el cuerpo pringado casi al completo por su color rojizo.

—Están aquí —dijo Xiaoyan con una sonrisa abierta, mostrando el cuenco con las uñas arrancadas—. No has podido acabar tú mismo, pero Feng las ha conseguido para mí. ¿No son preciosas?

JianHao sintió un escalofrío que le hizo estremecerse. No supo qué contestar. La sensación de debilidad era inmensa, aunque se percató de que le habían vuelto a suministrar el suero.

—Ha sido una pena que no consiguieras hacerlo por ti mismo. Hubiera sido una muestra de cariño preciosa por tu parte, pero sé que no has querido contrariarme. De todas formas, hoy estoy muy contenta. ¿Has visto lo que me ha regalado Feng?

Entonces la muchacha se descubrió el pelo y mostró unos pendientes de plata relucientes prendidos en sus orejas.

—¿No te parecen la cosa más bonita que has visto en tu vida? —comentó la chica—. Siempre te gustaron las orejitas de Xiaomei, y debo decir que tienes toda la razón del mundo. Me han quedado preciosas. Y serán aún más bonitas cuando baje un poco la inflamación. Feng me lo ha prometido.

JianHao no tenía ya lágrimas para derramar en su desesperación, y no pudo impedir orinarse, debido a la tensión acumulada. Su semblante sin fuerzas mostraba la impotencia ante todo lo que estaba ocurriendo.

—Por favor... No sigas... Por favor... —acertó a pronunciar, reuniendo el valor que pudo.

—Todo terminará a su debido tiempo. No queda mucho, padre. Solo unos cuantos ajustes más. Pero para hacerte más agradable la espera, te he traído a alguien que espero que te hará mucha ilusión conocer.

Xiaoyan abrió la compuerta de la jaula e introdujo delicadamente un girón de ropa envuelta. Luego ella y Feng abandonaron la nave. JianHao estaba tan agotado y agobiado que ni siquiera tuvo fuerzas para comprobar qué había en esos trapos y cayó medio desmayado.

Unas horas más tarde, en mitad de la noche, despertó de su sueño con un sobresalto. El silencio en el gallinero contrastaba con el bullicio que se escuchaba durante las horas del día. La nave estaba en una penumbra rota por la luz de la luna llena que iluminaba una parte del interior. JianHao se mantuvo inmóvil durante unos instantes. Parecía que había recuperado parte de sus fuerzas. Entonces recayó en que no había visto lo que su hija le había dejado, así que se armó de valor y se decidió a examinar el manojito de trapos que Xiaoyan había introducido en la jaula. Primero lo tocó con el pie para acercarlo a sus brazos y luego lo recogió con cautela, por si se trataba de alguna trampa preparada por la chica.

Cuando destapó los primeros harapos, dos puntos oscuros brillaron reflejados con la luz que se colaba por los ventanales de la nave; los ojos de un pequeño cuya piel había quedado amoratada y corrompida por el paso del tiempo. JianHao soltó inmediatamente los harapos y se llevó la mano al pecho, intentando controlar su respiración. Acababa de tener en sus manos lo que quedaba de su nieto, aquel al que podría haber estrechado en sus brazos si una decisión del pasado no le hubiera llevado a esa situación: un infierno

en el que seguramente su otra hija estaría siendo torturada como él, si no estaba muerta ya, y en la que parecía que a él no le quedaba mucho.

La rabia le hizo estallar en un grito y, sin pensarlo, empezó a patear al pequeño cadáver, estrellándolo contra los barrotes una y otra vez. El niño quedó destrozado y sus pedazos cayeron al suelo de la nave junto con el algodón que lo rellenaba. Los pollos empezaron a corretear históricamente alrededor de los trozos de piel seca y se pelearon por cada uno de los desechos. Mientras, JianHao solo pudo reprimir sus lágrimas y cerrar los ojos. Ahora ya sabía lo que era el dolor.

Por la mañana, el descorrer de la cadena que cerraba el gallinero le despertó de sus pensamientos. El prisionero aguardó a que Xiaoyan y su acompañante llegaran ante la jaula, temiendo la reacción de su hija. Su corazón se aceleraba a cada paso que daban y por sus venas corría una extraña mezcla de tristeza y venganza. La chica se detuvo ante su pequeña celda y observó los restos de algodón que se adivinaban entre las gallinas, que seguían picoteando en el suelo.

—Vaya. Veo que no has podido soportarlo —Xiaoyan mantenía su tono y su compostura inalterables—. Pobrecito. Feng hizo un buen trabajo con él. Me da pena, pero tenía que intentarlo. Al fin y al cabo, le hubiera gustado que le acunaras al menos una vez en su vida. Espero que le dieras un poco de tu calor.

—¿¡Es que no te duele!? ¡Era tu hijo! ¡Lo he destrozado! —
JianHao intentó sacudir la conciencia de su hija, hacerla partícipe del sufrimiento que le había atormentado durante toda la noche.

—¿Te ha dolido a ti lo que le ha pasado a mi hermanita? ¿Qué dolor es más insoportable, el infligido o el sufrido? Creo que ambos hemos aprendido la lección.

—No eres más que un monstruo, Xiaoyan. Lo que has hecho te ha reservado un lugar en el infierno.

—¿Acaso crees que no he estado ya allí? —preguntó la chica, acercándose a la jaula para mostrar a su padre una enorme cicatriz oculta en su cabellera—. Mira qué hermoso recuerdo me llevé de la granja... Pero volví porque tenía cuestiones pendientes aquí, contigo. Y ahora estoy a este lado de la jaula, renaciendo poco a poco...

En ese momento JianHao sacó el trozo de ropa del bebé, sobre el que se había sentado para ocultarlo de los ojos de su captora, y lo pasó entre los barrotes para atrapar su cuello. La fuerza con la que tiraba era desmesurada, aun teniendo los dedos a punto de explotar por el dolor, pero él siguió forcejeando con saña, aprisionando a Xiaoyan entre la tela y los barrotes. Inmediatamente, Feng reaccionó ante el ataque y accedió a la manivela que hacía descender la jaula para acercarla al suelo. Los pollos, revolucionados por la lucha, empezaron a picotear las partes de JianHao hasta hacerle desistir. Xiaoyan notó la debilidad de su padre y dio un tirón al trapo, para conseguir al fin liberarse. Se tomó unos instantes para recuperar el aliento, mientras

Feng se acercó rápidamente para examinar las rozaduras de su cuello. Xiaoyan le apartó sin miramientos y se dirigió a su padre.

—Has intentado matarme... Otra vez...

—¡Y volvería a hacerlo! ¡Mil demonios te lleven! —reaccionó JianHao, espoleado por el dolor.

—No hay esperanza... Es una pena —reconoció la chica, sin perder en ningún momento su tono pausado y su mirada profunda—. Pensé que serías capaz de asimilar el dolor para ti mismo, pero veo que no has aprendido a guardarlo y convivir con él. Durante todo este tiempo en que estuvimos separados te perdiste muchas partes de mí que no quisiste ver. Ahora quería que las vieras todas. Que recorrieras conmigo la senda hacia la perfección y que celebraras mi nuevo amanecer. Pero, sin aceptar el dolor, ese camino no es posible.

—¡Lo único que has conseguido es que ese matasanos te haya desfigurado por completo! ¡Eres un monstruo! ¡Un monstruo! —gritaba una y otra vez JianHao, al que aquel sufrimiento había acabado por desquiciar.

—Quizás lo sea, pero soy un monstruo que tú mismo creaste.

—¡Suéltame! ¡Soy tu padre! ¡Te lo ordeno!

—No estás en disposición de ordenar, padre. Ya no. Me desechaste porque no fui el niño que hubierais deseado mamá y tú. Y porque sabías que no tenía futuro invertir en mí y en mi educación si llegaría el día en que os dejaría por un desconocido con el que formaría

mi propia familia. Pero tu poder sobre mí llegó hasta aquella tarde en la que me abandonaste.

—¿¡Entonces qué esperas que haga!?! ¡Maldita seas! ¡Acaba con esto de una vez! —chilló JianHao, con las encías sangrando de forma imponente.

—No mucho. Solo quiero tu aprobación. Ya te dije que Feng hace milagros, y yo le pedí que me convirtiera en un ser al que consiguieras adorar; recogiendo lo mejor de aquellos a quienes he amado para parecerme a ellos, cambiando para alcanzar la perfección. Pero aún necesito lo más importante. Que me aceptes. Que reconozcas mi sacrificio. Que aprendas a quererme de nuevo.

—¿No lo entiendes, Xiaoyan? ¡No te hubiéramos querido nunca! ¡Eres solo una asesina chiflada! ¡No un hombre! —gritó un desesperado JianHao.

—Es cierto, padre...

Xiaoyan se giró cabizbaja hacia su acompañante. Feng parecía consolarla durante unos instantes. De repente, la chica volvió a dirigirse a su padre.

—...pero eso pronto va a tener remedio —sentenció Xiaoyan, acercándose a la jaula con unas roñosas tijeras para pescado.

